

Alexander Skutch: apuntes éticos

Edgar Roy Ramírez

Resumen

El artículo se inicia con el planteamiento de la necesidad fundamental de la existencia de la humanidad como complemento enriquecedor del cosmos y amplía esta idea desarrollando conceptos que la explican: unicidad del planeta, lealtad cósmica, amor por lo que puede ser, motivaciones y relaciones morales, universalidad de las reglas morales, entre otras; hasta llegar a establecer la necesidad de que se amplíe la comunidad ética hacia otros seres vivos y el entorno, de tal manera que no se restrinja como hasta ahora a la humanidad y se logre la armonía.

“Como lo vemos hoy, el mantenimiento del mundo incluye no sólo el cultivo de un orden social saludable sino también la preservación de la belleza y la productividad de la Tierra, sobre la cual descansa últimamente la prosperidad de toda sociedad. El generalizado olvido de nuestra relación orgánica con el mundo de la naturaleza, amenaza con hundirlo –incluso a nosotros– en un desastre irreparable” (A. Skutch)

I

El cosmos se perfecciona con seres capaces de apreciarlo: apreciar la belleza, apreciar la inmensidad, apreciar la variedad. También se perfecciona con seres capaces de gozarlo y capaces de entenderlo. Con los seres humanos el cosmos se perfecciona, culmina en la capacidad de ser

objeto de sí mismo. Puesto de manera negativa: sin seres humanos el cosmos sería inferior, sin la riqueza de lo cósmicamente novedoso.

La respuesta a la pregunta de por qué debe haber humanidad, parece tenerla Alexander Skutch: una realidad con seres humanos es una realidad más rica que una realidad sin ellos. El agregado, el aporte, que hace la humanidad no es sin más despreciable. Habría, en consecuencia, un empobrecimiento de la realidad si los seres humanos desapareciesen.

Ahora bien, no hay un finalismo preestablecido puesto que la condición humana presenta una ambivalencia: “... el mismo proceso evolutivo que nos dio dotes superiores, nos cargó de apetitos y pasiones que nos hacen dañar

lo que más necesitamos (Skutch, A. 1991:16). La ambivalencia introduce un atemperamiento de cualquier entusiasmo excesivo respecto de la condición humana, entusiasmo que se da cuando se olvida uno de los factores y tan solo se insiste en los dotes superiores. El ser humano sigue siendo ambos.

Para superar la dimensión negativa, Skutch propone cuatro puntos:

1. intensificar el conocimiento del carácter único del planeta;
2. determinar cuál es la mejor ubicación de seres tan dotados como los seres humanos en un planeta como la Tierra;

3. la cultura y la educación han de orientarse a entender y apreciar el bien y la belleza;
4. desarrollar los mecanismos morales para amortiguar nuestras tendencias peligrosas.

En resumen, nuestro planeta es único y tal unicidad nos impone una gran responsabilidad. No obstante, nos falta mucho para comprender la unicidad del planeta como fuente de vida, asiento o sede de una belleza extraordinaria, como fuente de inspiración para la contemplación y la acción transformadora lúcida. La unicidad radica posiblemente en el carácter cósmicamente irrepetible de haber dado surgimiento

a la vida y con ello a nuestra vida.

II

Lo que Alexander Skutch llama "lealtad cósmica" tiene que ver con reconocernos como partes de un todo mayor, sin posibilidad de separación: "Apartar al hombre en nuestro pensamiento de la naturaleza empobrece nuestro concepto de ésta sin elevar nuestra estima de aquél" (Skutch, A. 1991:322). La lealtad cósmica no supone una aceptación sin crítica de lo que ocurre en la naturaleza. Al igual que la compasión reconoce el sufrimiento sin aceptarlo como un hecho sin más sino que más bien trata de reducirlo aunque fuere en pequeñas parcelas

de la realidad en la que nos ha tocado actuar e influir, la lealtad cósmica entraña una crítica de cómo está constituida la naturaleza: "... proclamar que todo cuanto existe debe ser correcto, es desleal a la naturaleza o al cosmos" (Skutch, A. 1991:323). Lo que es no da el salto a lo normativo y, aunque fuere poco lo que se pueda hacer, "... nuestra firme desaprobación marca un avance evolutivo trascendental que es quizás una promesa de cosas más grandes por venir" (Skutch, A. 1991:323).

Tal posición puede emparentarse con la defendida por John Stuart Mill cuando afirma: "Toda alabanza de la civilización, del Arte, de la Invención, equivale a una censura contra la naturaleza, a una admisión de que esta es imperfecta y de que es tarea del hombre, y su mérito, el estar siempre tratando de corregirla o mitigarla" (Mill, John. 1998:42). La otra manera de expresar la lealtad cósmica se da mediante la apreciación agradecida de todo cuanto es bello y excelente, de lo que ayuda a la vida en su ascenso hacia formas más solidarias y menos destructivas. Lo que hace valioso al ser humano hace valiosa a la naturaleza. De otra manera sería preciso una explicación exteriorista del ser humano con menoscabo de la naturaleza: "Ciertamente, entre el valor del hombre y el de las formas de vida no humana pueden distinguirse



"...el mantenimiento del mundo incluye no sólo el cultivo de un orden social saludable sino también la preservación de la belleza y la productividad de la Tierra, sobre la cual descansa últimamente la prosperidad de toda sociedad..." Skutch, A.

grados, pero parece difícil, desde un reconocimiento ontológico de la solidaridad antropocósmica, negar a la naturaleza todo valor en sí” (Hottois, Gilbert. 1991:154). Puesto que el ser humano tiene la posibilidad no solo de gozar sino también de hacer gozar, de convertir a su vez en fuente de gozo el gozo de los demás seres vivos y puesto que hay un ensanchamiento de la existencia cuando se reconoce que no estamos solos y que el gozo puede ser solidario, se puede plantear que “*La evolución nos ha levantado hasta un nivel moral que nos prohíbe seguir su ejemplo, y éste es uno de sus mejores logros*” (Skutch, A. 1991:168). Nuestra evolución moral nos pone por encima de nuestra evolución biológica, de manera tal que estamos en capacidad de juzgar la destrucción y el dolor que esta última entraña. En consecuencia, el proceso evolutivo no tiene fuerza normativa por sí mismo.

III

La humanidad despierta amor por lo que puede ser, por las potencialidades positivas; por lo que es; en algunos casos, por el contrario, más bien despierta lástima. La humanidad está lejos de haber desplegado la compasión y el amor, y de haber sosegado las pasiones destructivas. En este momento no hay grandes motivos para las alabanzas a la especie humana. Skutch habla de “lástima”, Hans

Jonas habla de “vergüenza”. Son las excepciones las que rescatan a la humanidad y muestran el potencial positivo: “*Debemos estar agradecidos por las raras confirmaciones que resplandecen una y otra vez, y en ocasiones precisamente en la oscuridad más profunda porque sin ellos y a la vista del desfile histórico mundial de las pruebas contrarias, de esa mezcla de atrocidades y apatía, tendríamos que entregarnos del todo a la duda sobre el sentido de la aventura humana*” (Jonas, Hans.1998:239).

IV

Skutch rechaza una ética de motivo único. La complejidad y riqueza de la vida moral apunta a la necesidad de recurrir a múltiples motivos de acuerdo con la pertinencia específica. La búsqueda del placer, la procura de la felicidad, el cumplimiento del deber, la autopreservación, el sentido de la justicia, la amistad, la lealtad, la compasión, la gratitud, la generosidad, la simpatía, el afecto familiar, la responsabilidad, la solidaridad, cualquiera de estos motivos puede venir a cuento, o una combinación de ellos. No hay porqué establecer un ordenamiento jerárquico. En el mejor de los casos, las jerarquías serán temporales o pasajeras y fundamentadas *ad hoc*. Tampoco los posibles conflictos entre ellos habría por qué resolverlos de una vez por siempre. Las situaciones son claramente perti-

nentes y pueden decidir en qué dirección puede ir una acción.

V

El egoísmo y el altruismo son complementarios si se quiere mantener una vida moral sana. La atención a lo propio pasa por la atención a lo del otro; la atención a lo ajeno pasa por la atención a lo propio: lo autocentrado se da si y solo si se da lo heterocentrado: “*... se sigue de la naturaleza recíproca de las relaciones morales que, en la práctica, es imposible para nosotros hacer mucho para otros sin al mismo tiempo mejorarlos; así como difícilmente es posible desarrollar enteramente nuestras potencialidades sin ayudar a otros a desplegar las suyas*” (Skutch, A. 2004:80).

La suerte de una comunidad ética se juega en tal reciprocidad y hay un menoscabo y un empobrecimiento si una de las dos

dimensiones se pierde. El problema se plantea cuando hay exclusión de uno de los dos: “*una comunidad moral sería imposible si la estructura del mundo fuera tal que no pudiéramos beneficiar a otros sin disminuirnos, ni mejorarlos y sin dañar a otros*” (Skutch, A. 2004:80).

VI

Las relaciones morales se fundan y se sostienen en y por la reciprocidad. Se trata de aceptar la importancia de la reciprocidad y de fomentarla. Es decir, la reciprocidad ha de verse como condición y proceso. Cabe también pensar que, aun concediendo que la reciprocidad es deseable, habrá cosas que podemos caracterizar como morales, generadoras de mayor armonía, aunque no haya reciprocidad en juego, piénsese ante los actos gratuitos que señalan una ampliación de la conciencia ética.



Alexander Skuth en su casa. Finca los Cusingos.

VII

La universalidad de las reglas morales en lugar de la mera conveniencia: la universalidad impone condiciones a la acción moral pero no provee los contenidos concretos. Ahora bien, la especificidad del sujeto que somos no puede pasarse por alto. La especificidad es la de cada quien. La universalidad parece más bien exigir la atención a la especificidad: ser tratados no solamente como personas, sino como la persona que somos. En otras palabras, se le da concreción a la aplicación de la universalidad. *“La persona virtuosa establece como su patrón de conducta aquellas reglas que cree que deberían seguir todos los demás cuando los factores pertinentes son los mismos”* (Skutch, A. 2004:105).

VIII

Las buenas intenciones han de estar vinculadas con las ganas de hacer bien las cosas, con los esfuerzos por hacerlas bien. *“... cuando carecen de instrucción, las buenas intenciones son peligrosas”* (Skutch, A. 2004:206). En ese sentido, las intenciones no deben desligarse de obtener las mejores consecuencias en la acción. Y, por todo ello, el conocimiento de los medios y los fines es decisivamente pertinente.

IX

“Puesto que la moral es, sobre todo, el esfuerzo para

alcanzar coexistencia armoniosa con todo lo que nos rodea, la apreciación de la belleza, sin el afán de posesión, puede ser un soporte para la moralidad” (Skutch, A. 1991:219).

Con la belleza, que no necesita para darse la posesión del objeto bello, el ser humano, cuando la reconoce en su variedad y en su decisión de mantenerla, amplía la comunidad ética y la hace máximamente incluyente. La belleza incentiva y reconoce la armonía. Sin embargo, A. Skutch no se hace ilusiones: *“Cuando contemplamos la vasta cantidad de mutilaciones, sufrimiento y muerte que a cada hora ocurre entre las criaturas vivientes de este planeta, y las complejas relaciones que nos hacen imposible ayudar a una de ellas sin quizá perjudicar a otra, a veces sospechamos que nuestro esfuerzo más devoto por beneficiar a las criaturas no humanas es apenas algo más que un gesto. Y sin embargo es un gesto que simboliza la sociedad comprensiva que aspiramos crear”* (Skutch, A. 2004:235). Poco impacto pero mucha importancia. Aspiración utopista. Importancia simbólica. Resistencia contra el estado presente de las cosas. Se trata de ver que las cosas pueden ser mejores, o, por lo menos, no hay por qué aceptar sin protesta el estado actual: lo que es no tiene que convertirse en el único mundo posible. Las aspira-

ciones también pertenecen a la realidad y la realidad incluye la posibilidad.

X

La vida en las ciudades alejó a los filósofos occidentales de las preocupaciones por la conservación de la calidad y la belleza del entorno; los alejó del agradecimiento reverente por lo que hace posible nuestra vida. El trato que le damos al planeta, nuestra casa, no es indiferente o tiene efectos sobre los seres humanos en que llegamos a convertirnos.

Con la absoluta independencia de Hans Jonas, Alexander Skutch externa una queja muy parecida respecto del antropocentrismo de la ética occidental. La comunidad ética padece de una restricción básica: se limita, en el mejor de los casos a la humanidad; y, en el peor, a porciones de ella. Skutch, al igual que Jonas, apunta a una ampliación de la comunidad ética para incluir a otros seres vivos no humanos y al entorno no viviente pero sostenedor de la vida y posibilitador de ésta. La capacidad de aumentar la comunidad ética es una vía o un criterio para discernir el progreso ético. Por ello, *“El mejor sistema ético es aquel que produciría el patrón más amplio y más armónico, proveyendo la máxima “extensión y amplitud de vida” al mayor número de seres”* (Skutch, A. 2004:235). El interés de Skutch es la ampliación de

la comunidad ética: la mayor inclusión. No solo de otros seres humanos, sino también de otros seres vivos y del entorno. La armonía es mucho más rica en cuanto lo es de más factores.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- HOTOIS, GILBERT. 1991. *El paradigma bioético*. Barcelona: Anthopos.
- Jonas, Hans. 1998. *Pensar sobre Dios y otros ensayos*. Barcelona: Herder.
- Mill, John S. 1998. *La naturaleza*. Madrid: Alianza.
- Skutch, Alexander F. 1991. *El ascenso de la vida*. San José: Editorial Costa Rica.
- Skutch, Alexander. 2004. *Fundamentos morales una introducción a la ética*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

